

en ese país, parcialmente bilingüe —además— son pocos los paraguayos que son bilingües. Meliá llega más allá, pues afirma que *nadie es realmente bilingüe en Paraguay*.

El bilingüismo social hispano-guaraní del Paraguay muestra una correlación alta —aunque no perfecta— con la dicotomía rural-urbana. En Asunción también se habla guaraní; pero esa y otras concentraciones urbanas paraguayas tienden al monolingüismo español. En el campo —en cambio— es muy elevada la proporción de monolingües guaraníes. El campesino, sin posibilidad real de llegar a ser bilingüe, queda marginado, y así se acentúa la polarización del “colonaje interno”.

La que sigue es una acusación muy seria, que ojalá actúe como revulsivo en el medio paraguayo y en otros en los que pudiere aplicarse, ya que, según ella, la política lingüística de Paraguay no es más que la concreción de *un sistema educativo pensando en Asunción y para Asunción*: “al campesino la nación lo ha hecho entrar en la solidaridad de la lucha hablándole en guaraní; lo ha marginado de la educación hablándole en español”.

Por otro lado, el guaraní (el idioma) marginado, es instrumento de marginación: no puede expresar muchas realidades modernas; ello hace que quien lo habla como lengua única apenas pueda pensar en ellas y que, en efecto de boomerang, al no poder pensar en ellas no pueda crear otras todavía más nuevas ni enriquecer la lengua. Esto, aunque el guaraní no carezca de recursos *potenciales* para formar neologismos.

Los efectos de una escolarización amplia que no corre parejas con una política lingüística adecuada (respeto del guaraní; uso del mismo en ciertas etapas de la enseñanza; adquisición creciente del español por todos los paraguayos, etc.) en vez de favorecer el desarrollo

cultural, corre el riesgo de producir una generación de nuevos “letrados” que aprenderán, de memoria, retazos de información, y que los manejarán sin consistencia y sin sistema, ya que, conforme al simil de Meliá se yuxtapondrán conceptos en esos nuevos letrados (la clase mandarinesca latinoamericana, diría otra nomenclatura) como se rejuntan indiscriminadamente, en un almacén los mil artículos de una sociedad de consumo indiscriminado.

Desconcertados interiormente, los nuevos “letrados” se servirán del título y de la repetición mecánica de conceptos mal asimilados para adquirir prestigio personal e incrustarse en una burocracia sin creatividad.

Es fácil ver, por presentaciones como ésta, que —contra lo que piensan quienes dan a las investigaciones sociolingüísticas una “baja prioridad” en la problemática de nuestros pueblos— el problema de la lengua es problema de civilización y de cultura, de libertad y de justicia que no es posible hacer a un lado con un gesto de impaciencia o de indignación.

Oscar Uribe Villegas

Joshua A. Fishman: “Sociology of Language”. *Estratto da Pensiero e Linguaggio in Operazioni*. Vol. II. No. 6. Istituto Editoriale Cisalpino. Milano, 1971.

Fishman no sólo fue uno de los primeros en usar el término “sociolingüística” (particularmente, para la jornada a la que convocó un día después de terminado el Congreso Mundial de Sociología, en Evian, en 1966) sino que ha sido también: el introductor de ciertos criterios básicos sobre cómo investigar lo sociolingüístico (determinando quién habla con quién, de qué, en qué circunstancias); el explorador de ciertas categorías igualmente fundamentales (leal-

tad y deslealtad lingüísticas); el interesado en determinar la correspondencia o falta de correspondencia entre fenómenos lingüísticos y sociales (¿es el bilingüismo un concomitante del subdesarrollo, o no lo es?) y en proponer, a partir de métodos comparativos cuasi-experimentales (adecuados para cualquier pesquisa sociológica) semejanzas y diferencias entre situaciones típicas, así como establecer ciertas generalizaciones que —para quien no tema a las palabras— son ya, en embrión, leyes sociolingüísticas.

La decantación de su esfuerzo constante de estos años le permite recoger, en este artículo, unos resultados muy generales, que conviene subrayar, no sólo para beneficios de estudiantes que lo ignoren todo o casi todo de la sociolingüística sino, también, para el de los estudiosos que corremos el riesgo de extraviarnos en un territorio nuevo, de promisorias perspectivas, pero en el que han de trabajar tanto la socio como la sicolingüística y, también, la etnolingüística, todas en términos cooperativos, para cada una de ellas con sus métodos y con sus técnicas.

La “sociología del lenguaje” (así llama aquí Fishman a la sociolingüística y así prefiere denominarla Haugen que ve en ella más una rama de la sociología que de la lingüística) examina la interacción entre dos aspectos humanos: el uso del lenguaje, que comunica a los hombres, y la vinculación de estos gracias a las normas que comparte (la estrella-guía, lejana, pero visible, es la idea durkheimiana de “coerción social”).

Fishman ha llamado a la disciplina “sociología del lenguaje” o “sociolingüística”, pero, su concepción le da tal contenido que implícitamente reconoce que, así como sociología y sicología social son hermanas siamesas (conforme la imagen que hemos dibujado en otras ocasiones), la sociolingüística y la sicolingüística (co-

mo también parece admitirlo Tatiana Slama-Cazacu) lo son también, pues no es sólo la organización del comportamiento lingüístico (vertiente sociológica) sino las conductas referidas al lenguaje, a las lenguas y a sus usuarios y —más aún— las actitudes que están por detrás de ellas (vertiente psicológica) las que resultan temas de la disciplina compleja que apenas se esboza.

De otro lado, Fishman reivindica el carácter científico de ésta, como antes han tenido que hacerlos los fundadores de la sociología general, al afirmar que si siempre ha habido charla sobre lo social, sólo a fines del *xxx* aparece —propiamente como tal— el discurso sociológico, pues charla (basada en la *doxa* y no en la *episteme*) sociolingüística la hay incluso en las noticias diarias, mientras que intentos de conceptualización, pesquisa y generalización sociolingüísticas sólo aparecen en la segunda mitad del siglo *xx*.

Como en otros campos, aquí —también— las ideologías preceden a las teorías; la política o la pedagogía abren la marcha y la sociología la sigue, lo cual no impide que —en su turno— sea ella la que, tras observar y evaluar los resultados de políticas y de pedagogías las reorienta, a base de directrices más realistas y útiles, convertida en una planeación lingüística que parece superponerse pero que, en realidad, rebasa en muchas direcciones, a la simple “lingüística aplicada de hace unos años”.

De la exposición de este maestro de la sociolingüística se desprende la posibilidad de distinguir una sociolingüística descriptiva (“sociografía del lenguaje”, quizás) de otra explicativa; una estática, de una dinámica. A estas distinciones podrían agregarse otras como la reconocida por Haugen entre una macrosociolingüística (a la manera de Lieber-son) y una microsociolingüística (como la del autor y de otros).

El “quién” (énfasis subjetivo) “con quién” (intersubjetividad), “cuándo” (mención circunstancial, en buena parte de referencia social) “para qué” (en cuanto toda conducta social, según Weber, mientras un *sentido* que la hace inteligible a aquel a quien se dirige) y “en qué variedad lingüística” (aspecto lingüístico) circunda toda la descripción sociolingüística, y apunta hacia lo que los sociolingüistas británicos subrayan en el problema de los “registros”.

La mención de habilidades secundarias (escribir-leer, orienta a las primarias de hablar-entender) enriquece su descripción.

La sociolingüística explicativa, a través de semejanzas, diferencias, variaciones concomitantes, residuos, trata de establecer por qué dos o más redes o comunidades sociales semejantes (de ahí la metodología básica, comparativa, cara a los antropólogos sociales ingleses) han llegado a establecer organizaciones de uso y de conducta lingüística diferentes.

Sean multilingües o sean monolingües, las comunidades tienen repertorios lingüísticos que comprenden: una o más lenguas; uno o más dialectos de una lengua; uno o más registros en los que se emplean o unos mismos o diversos, las lenguas y los dialectos disponibles. La sociolingüística descriptiva tiene que listar todos éstos, señalar cómo se usan y (cosa que no dice Fishman y que no todos subrayan) cómo se dice que deberían usarse (sociología de la norma lingüística, como la hay de la norma ética o de la norma jurídica tan bien estudiadas por Gurvitch) esas disponibilidades lingüísticas.

De lo que se trata, en último término, al trabajar sobre ese material descriptivo, es de encontrar cómo en ese aparente desorden de variantes y de usos, emerge una *alternancia sistemática*, de la que la sociedad a veces no es consciente pero que, con todo, existe y es ope-

rante. El acontecer social es siempre algo (esto, por analogía); algo que es como un “habla” de la que se desconoce la “lengua”; idioma ágrafo del que el lingüista (y, en el caso analógico, el sociólogo) busca descubrir la “gramática” (quizás algo así como la “gramática de motivos” de Burge, que mostró a nuestra atención, en este Instituto, Paul Meadows).

Para esa descripción y para la explicación que debe subseguirla, ciertos conceptos tienen que ser fundamentales; entre ellos, el de “situación”, el de “dominio” y el de “competencia”.

Fishman define la “situación” como una “co-ocurrencia de interlocutores relacionados entre sí en forma particular, que se comunican entre sí en determinada forma, en cierto escenario”.

Las clases de situación se conocen, a su vez, como “dominios”, y la comunicación transcurre frecuentemente, en una misma comunidad, gracias a desplazamientos lingüísticos (cambio de lengua o variedad lingüísticos), debidos a cambios de dominio (a la percepción, por los interlocutores, de que la situación ha cambiado).

El cambio de situación es, en sí, de radical carácter psicológico-social; depende de una definición grupal. Lo que, en términos nudamente objetivos sería una misma situación, puede ser definida socialmente (lo social impone tratar ciertos hechos *como si* fueran cosas, pero reconociendo que *no son* cosas) como una situación diferente. En forma parecida, una definición social puede hacer de dos situaciones objetivamente distintas un solo dominio sociolingüístico.

La competencia sociolingüística comprende el aprendizaje y dominio del uso de ciertas variedades lingüísticas en ciertas situaciones sociales. La falta de competencia hace que o el iletrado o el torpe usen una variedad lingüística inadecuada dentro de cierta situación; pero,

también, es posible que un letrado o un hábil, use la variante que no está prescrita para la situación sí y sólo sí, por otros medios (a veces un gesto, o un entrecomillado, cuando se escribe) da a entender que hace ese *mal uso*, no porque ignore el bueno, sino con un propósito significativo (*understatement*, ironía). Se trata de un “desplazamiento metafórico”, lujo lingüístico de quienes no sólo son competentes para acatar la norma sino de quienes —ocasionalmente, sin exceso, pues el exceso demeritaría ese lujo— se “toman la libertad” de violarla, colocándose —también durante breves pausas— por encima del sistema normativo.

Esos “desplazamientos metafóricos” merecen máxima atención no sólo del sociolingüista en particular sino del sociólogo, en general, pues muestran el camino por el que las innovaciones significativas y prestigiosas se difunden, trivializan y convierten en rutinas insignificantes. El clavel verde de Wilde era un reto significativo a la sociedad victoriana: el vestido multicolor y estrafalario de hoy es, ya, despliegue carente de toda significación. La palabra gruesa en el discurso de un refinado suele servirle para marcar los extremos de una indignación (a veces sentida, involuntaria; a veces, “representada”, voluntaria): coprológico o sicalíptico de los modernos escritores latinoamericanos es ya vano empeño exhibicionista; mero empleo de un instrumento que el abuso melló rápidamente y que ha llegado a ser tan convencional y “bien visto” y rutinario como el estilo “pomposo” contra el que se supone se levantó a luchar.

Fishman contrasta y tipifica en cuanto estudia el desarrollo del idioma francés sobre el transfono anglófono de Canadá, y el de ésta y de otra lengua de inmigrantes, en Estados Unidos de América, y al explicar las diferencias de resultados por el mantenimiento de la fun-

cionalidad social de “la otra lengua”, en un caso, y su incapacidad para preservarla, en el otro, así como al señalar que estos dos son patrones que se repiten por doquier: en la rusificación de las comunidades soviéticas que no hablan el ruso; en la hispanización (o castellанизación) de los indígenas que migran a las ciudades latinoamericanas, en la wulsificación de los senegaleses, en Dakar (como análogos de la anglización de los migrantes de lengua no inglesa a Estados Unidos); en el desplazamiento del inglés en Puerto Rico, en India, en Malasia, en Filipinas, en Tanzania (en cuanto parecido al desplazamiento que esa misma lengua sufre en “La Belle Province”, en Quebec).

Artículos breves como éste, contribuyen —en veces tanto o más que las obras voluminosas—, a precisar los perfiles y a crear los casilleros indispensables en los que se pueden colocar los materiales de cualquier construcción sociolingüística futura.

Oscar Uribe Villegas

M. N. Isaev: “*Sto tridtsat’ ravnop-ravn’ix (o iaz’ikax narodov SSSR)*. Akademiia Nauk SSSR. Institut Iaz’ikosnaniia nauchno populiarnai seria. Moskva, 1970.

Imposibilitados para reseñar este libro en forma ordinaria, debido a nuestro desconocimiento prácticamente total de la lengua rusa, decidimos hacer dos cosas: 1a. llamar la atención de los sociólogos y de los lingüistas mexicanos hacia su aparición, en cuanto brinda información muy rica sobre las lenguas y los hablantes de ese país tan poco y tan mal conocido por nosotros que es la Unión Soviética y 2a. apoyarnos en la traducción de uno de sus capítulos (que encargamos al profesor Parada, del Centro Universitario de Lenguas Extranjeras) para dar